

**Aurora Venturini,
la maldita**

José Tcherkaski - María José Seoane

Aurora Venturini, la maldita

Una larga conversación

Entrevistas de José Tcherkaski y María José Seoane
a Aurora Venturini

 **Lugar**
Editorial

José Tcherkaski,

Aurora Venturini, la maldita : una larga conversación / José Tcherkaski ; María José Seoane. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2016.

128 p. + CD-DVD ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-892-508-4

1. Entrevista. I. Seoane, María José II. Título

CDD 070.44

Diseño de cubierta e interior: Silvia C. Suárez

Edición: Juan Carlos Ciccolella

Imágenes: archivo personal de Aurora Venturini.

Foto de tapa: Aurora Venturini en su niñez.

–Aurora, en su epitafio imaginario ¿qué le gustaría que diga?

–Que era una maldita.



Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-508-4

© 2016 Lugar Editorial S. A.

Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires

Tel.: (54-11) 4921-5174 / 4924-1555

lugar@lugareditorial.com.ar

www.lugareditorial.com.ar

facebook.com/Lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

Despedida

"... y si cuando el tiempo nos deja,
nos queda un sedimento de eternidad, un gusto del mundo,
entonces es ligera tu muerte,
como los versos en que siempre estás esperándonos,
entonces no profanaran tu tiniebla
estas amistades que invocan."
(Jorge Luis Borges, a la muerte de Francisco "Pancho" López Merino*)

"La muerte es muerte, triste es no dejar recuerdos", escribió hace muchos años Alfredo Zitarroza. No es el caso de Aurora.

La Venturini murió el 24 de noviembre de este año, 2015, inesperadamente, mientras estábamos terminando de corregir este libro. Por fortuna pudimos acercarle el cd "Solísima" que acompaña esta edición, y se había mostrado entusiasmada con una presentación en vivo. Trabajamos casi un año entrevistándola, buscando material, y ella ofreciéndonos documentación. Nos encontramos con una mujer de 92 años sumamente original y extremadamente lúcida. Cada encuentro fue una sorpresa, una fiesta de inteligencia. Ojalá sus libros se desparramen como flores silvestres entre nosotros.



*Poeta platense, amigo de Venturini.

Prólogo I

La Venturini, una aurora de esperanza

José Tcherkaski

De todo lo escrito no me gusta más
que lo que uno escribe con sangre.
Escribe tú con sangre y aprenderás
que la sangre es espíritu.

Friedrich Nietzsche

Por convicción en todos mis libros las presentaciones son breves, pues entiendo que el valor en este caso es leer atentamente el pensamiento de Aurora. Me tomé el atrevimiento de poner en negro sobre blanco la tragedia de nuestro mundo “cultural”. O sea: lo que no altera que suba al podio; los transgresores, fuera, como perros salvajes.

Aurora Venturini, como un espejo implacable, refleja 73 años de trabajo incansable. En 1942 publicó su primer libro de poemas: *Corazón de árbol*. Lleva editados aproximadamente 45 libros, entre poesía y narrativa. Recién en el año 2007, gracias a un concurso organizado por el diario *Página 12*, su novela *Las Primas* gana un primer premio. Los popes de la escritura vuelcan sus ojos hacia esta mujer de 87 años. Tantos años de silencio –tanto ninguneo– no es obra de la casualidad. Los dueños de la literatura miraron durante 70 años para otro lado. Cuesta suponer que los “dandis” de la palabra del grupo “Florida”, o los proletarios del verso de “Boedo”, tampoco se dieron por enterados, tomando copas por las noches en tertulias literarias interminables. Notable imprudencia.

Como una ráfaga se me cruzaron tres nombres: Néstor Perlongher (1949-1992), Osvaldo Lamborghini (1940-1985), Raúl Damonte Botana –“Copi”– (1939-1987). Ninguno de ellos llegó a los 50 años. ¿Dónde se puede encasillar la literatura de estos creadores? La soledad, el abandono, invitan a entrar en el dormitorio de la muerte. Estas tres no son casualidades, están llenas de dolor. Alberto Ure espera –su muerte– en un geriátrico. Otro transgresor indiscutible. Los actores “legales” de la cultura son crueles. En el suplemento *ADN* del diario *La Nación* del 6 de noviembre del 2014, se compara a Serrat con Discépolo, una grosería mayor.

¿Por qué nadie habla de Enrique Pichon-Rivière? La pregunta es fácil de responder. Fue un innovador, un transgresor incurable. A los “legales” les da tranquilidad tenerlo en un rincón.

Finalmente agrego cuatro nombres para pensar: Enrique Santos Discépolo murió a los 51 años, Roberto Arlt a los 42, Homero Manzi a los 44 y Eduardo Rovira a los 55. A los cuatro soportar la vida, las traiciones y ninguneos seguramente les resultó imposible.

En este puchero terriblemente desprolijo apareció la Venturini sin avisar.

Se puede creer en los milagros o las casualidades. Lo cierto es que la historia es implacable. Los ignorados de hoy serán recuperados por la historia y los mediáticos entrarán irremediamente en el olvido. Silvina Bullrich es un ejemplo irrefutable. En vida, sus libros (sin el menor valor literario) se vendían como pan caliente. ¿Alguien se acuerda de su literatura?

Prólogo II

“La maldita”

María José Seoane

El que se ruboriza ya es culpable;
la verdadera inocencia no siente
vergüenza por nada.

Jean-Jacques Rousseau

Sublevada desde la infancia, dotada de una inteligencia inconforme y prematura, apresurada en la búsqueda de conocimiento, incómoda con lo solemne, molesta con lo mediocre, furiosa con el dolor, solidaria con los abandonados, culpable solo de su inocencia, Venturini es, a los 92 años, una intrusa que desestabiliza la estructura anquilosada de las letras nacionales. La costumbre, en este circo de fingidos artistas, es mostrar el plumaje como un ave en vuelo, y trepar con garras viles hasta las cúpulas de la fama que no son más que la parte visible de la tumba que los espera. Cuando ya no puedan trabajar su éxito, nadie los recordará. Aurora Venturini es la antítesis de esta fauna que se alimenta de su propio vicio. En su vida no hubo ni hay ostentación, estuvo dedicada al estudio y la escritura. Vive en un departamento de planta baja de la ciudad de La Plata –cuna que la vio nacer– y se alimenta casi exclusivamente de lecturas. No engaña a menos que quiera divertirse, como aquella vez que para llegar a una presentación de su libro le ofrecieron un auto, y ella contestó “por favor, querida, si tengo chofer”; la sorpresa fue verla llegar en taxi.

Noventa y dos años y su mirada devuelve lo mismo que su literatura: una desvergüenza absoluta, porque de nada es culpable, salvo de su imaginación. Setenta años de trabajo ininterrumpido desde su primer libro *Corazón de árbol*, y más de 45 libros publicados. Sin embargo, su experiencia es la de haber querido editar y no siempre poder. A partir del premio “Nueva novela” del diario argentino *Página/12*, Venturini resalta –aún con cuidado–, pero toda su obra anterior es groseramente evitada. Las traducciones de Rimbaud, Villon y Lautréamont son trabajos de mucho valor (en el doble sentido de la palabra) y por ello también boicoteados. Ponce de León y lo más interesante de Lugones también se ponen bajo la alfombra. “Venid amada alma”, llama Verlaine a Rimbaud. El espíritu de Venturini también es convocado. Durante 50 años ella paga sus propias ediciones: “Yo siempre me pagué mis ediciones porque no me gustaba ir a pedirle nada a nadie”. En su novela autobiográfica *Los rieleos* Aurora se reconoce como “la señora k”, en referencia a *El proceso* de Kafka:

...a semejanza del señor k, a pesar de los chumbos y retrocesos, de aguardar detrás de mugrientas puertas herméticas, no cejaría, no he cejado en la intención de tomar la plaza...
¡Y a cuchillo! Yo fui valiente y no he retrocedido. Yo fui brillante y no pudieron opacarme. Salvaré la fosa castellana de un salto increíble, cuan inesperado. ¡Lo haré!

La prosa de Venturini es una búsqueda antropológica de un yo abandonado en la infancia. La letra se da desnuda sin miramientos. Y la historia se va contando como si nadie existiera del otro lado para suavizar la verdad infantil y traumática que se narra. A través de sus personajes, Aurora elabora las voces que nombran la ilusión primera: la de un mundo fiel, a la medida del sueño infantil. Dice Venturini: “Quería un mundo a la manera de mi

imaginación creadora y terminé duramente castigada por eso”. Aurora aprendió a defenderse pero no por eso dejó de sufrir. Le dolió la infancia y le dolió el país. Un país siempre en sombras que no aprendió a vivir.

“Con *Las primas* todos se dieron cuenta de quién soy yo”, dice Aurora. Hay que decir que tardaron bastante, o se resistieron bastante hasta que la dejaron salir de esa condena absurda en la que intentaron domesticarla. Un comentario de Miguel Ángel Asturias en una carta dirigida a la Venturini intenta explicar lo sucedido:

Tu nombre, mi nombre, nuestros nombres fueron palabras prohibidas hace tiempo, nos retacean, y este retacearnos es una forma en que ejercitan su autodefensa, no habla de otra cosa que de la pobreza humana e intelectual en que se debaten.

“Por ser diferente, ¿quién es mi semejante?”, pregunta su personaje Chela en *Nosotros, los Caserta*. Y me recuerda a los versos de Rimbaud en *Una temporada en el infierno*:

...soy esclavo de mi bautismo. Padres, habéis causado mi desgracia y la vuestra. Pobres inocentes... Sacerdotes, profesores, maestros, os equivocáis al entregarme a la justicia. Nunca pertenezco a este pueblo, soy de la raza que cantaba en el patíbulo. No comprendo las leyes. Carezco de sentido moral. Soy bruto...

Como un milagro maldito, la Venturini sobrevivió al silencio sin dejar de ser un animal silvestre que desde los altos árboles del bosque de La Plata aúlla su inquietud, y observa como un cristo castigado o como el perro del poema “Metempsicosis” de Lugones la boca del infierno, que también tiene nombre de patria.

“La muerte se olvidó de mí”, dice entre risas, o “yo maté a la muerte”, sin falsa modestia. Como en *Les enfants terribles* de Jean Cocteau, los malditos no tienen edad. Viven el presente de sus necesidades más íntimas y misteriosas. Fuerzas extrañas los poseen; “soy prisionera de mis ficciones” dice Venturini. Y hay que creerle, porque Aurora pronto cumplirá 93 años, y todavía parece no haber nacido.

Que todo lo que falte decir, lo diga “la maldita”.
Su aullido espera.

Encuentros

Nuestro primer encuentro fue breve. Llegamos temerosos, decían que la Venturini era intratable, difícil, malhumorada, vil. Nos recibió en silencio. Nos miró y nosotros la miramos. Comenzamos la entrevista con una anécdota que emparenta las infancias de José y Aurora. Pronto se dio cuenta que conocíamos su obra, y que éramos respetuosos de su intimidad. Creemos que eso le agradó, y supo que éramos interlocutores atentos a sus guiños. De todas maneras no dejó de preguntarnos si leímos esto o aquello.

En el segundo encuentro nos recibió con masitas secas y café, nos regaló un manuscrito, nos dedicó un libro y nos sacamos una foto los tres juntos. Nos despedimos sonriendo.

En el tercer encuentro nos ayudó con las dudas que teníamos de las grabaciones anteriores. Le mostramos el trabajo y le gustó muchísimo. Grabamos una hora más. Nos despidió a la hora del almuerzo. Y aceptó que le pidiéramos a su agente un cuento suyo inédito para incluirlo en este libro.

Semanas más tarde la llamamos para saber cómo estaba. Nos atendió y pidió que fuéramos a verla porque nos había preparado fotos y otros materiales para incluir en el libro.

Nos llama “el Ruso y María”. Le decimos que la queremos.

El mito de una Aurora Venturini intratable se desvaneció como una sombra.

Gracias Aurora por tu generosidad.

“El Ruso” y “María”

Primer encuentro





–Hay una anécdota que recién me leía María en el auto, y que usted la cuenta en *Los rieles*. A mí me causó mucha gracia porque, salvando las distancias, me sucedió algo muy parecido. Usted cuenta que cuando recitó un poema en el colegio, su mamá dijo que no era posible que fuera de usted. La acusó de mentirosa frente a sus compañeros y profesores. Cuando yo escribí la canción “Mi viejo”, que se hace enseguida muy conocida, mi madre me dijo: “Andá a la comisaría. Presentate y decí la verdad porque vas a ir preso por mentir”.

–Ay, “Mi viejo...” que linda canción. Y ¡qué madre! A mí me dio mucha rabia. Era una familia muy cerrada. No entendía lo que era ser libre. Y yo era muy libre. A los 19 años me independicé. Viví sola en un departamento y trabajé. Tenía cátedra y también estaba en la Fundación Eva Perón.

–**Usted tuvo relación con Eva Perón...**

–Sí, y con su familia. Con Blanquita, la hermana, y con Doña Juana, la madre. Yo las conocí mucho. A Juancito también, pobrecito, era bueno. Una chico joven que con plata desvarió.

–**¿Y Perón, como era?**

–Hermoso. Cuando lo conocí era coronel. Con las chicas nos quedábamos con la boca abierta. Era muy mujeriego.

–**¿Y Evita era linda mujer también?**

–Era una mezcla de ángel y mujer. A mí me dio mucho. Mirá que yo era salvaje, pero Evita era más. Decía unas cosas que no podías responderle.

–¿En qué año la conoce a Eva?

–En 1946 o 1947, por medio de la señora de Mercante.

–¿Y tuvo contacto con ella hasta su muerte?

–Hasta 1951. Ella me dice que no había más trabajo en la Fundación, y que descanse porque yo estaba muy apasionada con el asunto de los chicos pobres. Era cierto. A mí los chicos me tiernizan. Me dijo “quedate en tu cátedra porque esto se viene abajo”.

–¿Cuál es la diferencia sustancial entre Perón y Evita?

–Perón era un militar, querido, con eso te digo todo. Nunca dejó de ser un militar. También era un líder, indudablemente. La voz de Perón atraía como no sé qué. Mientras vivió Eva el peronismo era ella. El grito de la plaza, que es un grito de pueblo, cuando salía Perón era el aplauso. Cuando salía Eva era la exhalación.

–¿Qué explicación le da a esa diferencia?

–Evita inspiraba amor. Era carismática.

–¿Perón no?

–Perón tenía viveza. A Eva no la puedo definir, y mirá que soy psicóloga. Estuve cinco años en París, no 25, como dicen. Yo me fui en 1956 después de estar presa cuatro días. Nunca hablo de lo que hicieron porque es horrible.

–¿La torturaron?

–Nos maltrataron. A todas nosotras. Pero no me pudieron violar. Yo era flaca. Agarraban a la gorditas. Después me fui a París. Antes ya había ido a Europa, viví en un departamento en el Barrio Latino, cerca de donde pasa el subterráneo. Tenía amigos. Después volví a Buenos Aires y me agarró la maldita “Libertadura”, ...con las cascadas que nos dieron... Un compañero me sacó el pasaje

por Air France y me fui a la noche. Llegué allá y conocí gente argentina.

–¿Cómo se relaciona usted con Sartre y De Beauvoir?

–Fueron profesores míos.

–¿Cómo eran ellos?

–Como cualquiera. Ella como una señora que anda por la calle y él un hombre feo. Era una pareja abierta. Inventaron una filosofía. Yo la entendía como teoría pero nunca practiqué el existencialismo. Yo soy cristiana.

–¿Camus se casó con la hija de Sartre?

–Sí. Ella no era escritora. Era una chica que tenía un novio judío, y los nazis se lo mataron. Entonces se dio a la vida de la droga.

–¿Usted también tuvo relación con Leduc?

–Sí, compartía un departamento conmigo. Yo vivía en el Barrio Latino. Nos reuníamos todos en un galpón, nos sentábamos sobre unos gomones, siempre a la noche, porque yo trabajaba, primero en una rotisería y después en un instituto. Mentalmente soy muy inteligente pero físicamente soy un espanto. Me acuerdo que los que sabían cantar cantaban, otros bailaban, escribían. Ahí me hice amiga de Simone.

(...) A mí me iba bien. Yo publicaba acá, a pesar de todo. El diario *El Día* de La Plata había sido intervenido pero yo estaba con Antonio, el dueño de Claridad, la editorial. A veces firmaba como Patrice de La Tour Du Pin o como Beatriz Portinari, la novia del Dante. Yo estuve en Florencia, bastante tiempo, fui a la Iglesia de Santa Margherita dei Cerchi y vi la sepultura que dice: “qui riposa Beatriz Portinari” y dije, “la voy a tomar como mascota”.